

# SIGNIFICACION HISTORICA DE PEDRO GOYENA

Quien sintiera palpar dentro de sí una vocación y contemplara su acentuamiento casi como un fenómeno independiente de su propia voluntad, seguramente experimentaría muy a menudo un gran deseo de compartirla a quienes pudieran y supieran valorarla y juzgarla. Y si guiado por esa vocación se ha llegado a investigar un tema de cuyo provechoso valor no se duda, ya ese rebalsamiento se impone como un deber.

Ante una sensación como aquélla y un tema como éste, es que nació en mí el deseo de escribir sobre Pedro Goyena, cuya vida constituye reconfortante hallazgo para quien investiga el pasado argentino con afanoso deseo de justificación para la famosa frase definitoria de Cicerón: *la Historia es maestra de la vida*. El sentido verdadero de ese magisterio se da acabadamente en la figura histórica de Goyena, el de la vida sin mácula, el de la lucha sin descanso, que me ha sido dado estudiarla a través de sus escritos, de su ejemplo y sobre todo de su palabra, que si bien nunca tuve el privilegio de oír, pues de haberlo tenido peinaría abundantes canas, sí lo he tenido de haberla escuchado en su eco, que sigue refractándose a través de varias generaciones, compartiendo lugar elegido con el recuerdo de su providencial existencia.

Como Pedro Goyena lo pensara y lo inculcara, no puede ser indiferente para el destino de un país, que las nuevas generaciones, las menos trabadas en el enjambre de los intereses y de las pasiones, acepten sin reflexión la herencia cultural que sus antecesores les transmiten. Y no puede ser indiferente tampoco al desarrollo espiritual de una Nación el ver a su juventud rendirse irreflexivamente a las sugerencias de un instante político o a las incitaciones que puede fomentar un éxito transitorio.

El destino de la patria depende en cada etapa de su desarrollo de la adquisición por sus núcleos juveniles de una conciencia histórica limpia y clara; "capaz — al decir de un ilustrado profesor de Córdoba — de superar la doble seducción de un pasado cuyos errores se ocultan tras la coraza de la tradición y de un futuro cuya falacia se esconde en la lejanía de las tierras prometidas a la esperanza".

He aquí el programa de acción que nos indica el mismo profesor: "Las masas juveniles son las vanguardias de la vida y la vida necesita de la historia; no podemos reaccionar sobre el medio cultural en que vivimos sin haberlo hecho nuestro y no podemos hacerlo nuestro sin haberlo asimilado, ni asimilarlo sin comprenderlo en su pasado", he aquí pues trazados los términos que a modo de eslabones entrelazan la vida con la historia.

La ciencia histórica como toda forma teórica del saber busca la verdad, pero una vez alcanzada ésta comienza su labor trascendental. Ilumina los senderos sinuosos por donde avanzan las naciones, orienta la acción de los núcleos juveniles, disipa el prestigio de los falsos valores y hace desvanecer los ensueños de restauraciones imposibles. He ahí su valor. Si la Historia se limitase a exhibir friamente el enlace de los sucesos y la inserción, en las series de acontecimientos, de personajes y héroes, sin mostrar el impulso que imprimieron o la dificultad que representaron en el desarrollo de los valores que enaltecen al hombre — el Bien, la Verdad, la Santidad, la Belleza — perdería todo sentido formativo o educativo. Por eso la tarea fundamental de la Historia es haer nacer y fomentar según los casos, la obtención de un criterio, sea que se llame sentimiento o conciencia de la Historia, pero que necesariamente promueva en la mente juvenil la percepción de que existe una continuidad social que no puede quebrarse. Que se persuada al joven que la Historia posee una lógica y un sentido que excluyen la arbitrariedad y el capricho y de que por encima de la aridez de los datos y de los nombres lucen en el campo histórico las elevaciones que rompen su monotonía y con cuyo escalamiento el hombre alcanza las victorias que le confieren su auténtica grandeza.

Admitamos no obstante todo lo dicho y para abreviar esta transgresión inicial que constituye por sí sola suficiente tema para un estudio mucho más completo y autorizado, que por su propio ritmo vital el joven no está hecho para extasiarse con el pasado, pues las fuerzas naturales que posee se proyectan de preferencia hacia el futuro y buscan más que nada la acción. Comprender al mundo no es evidentemente el problema que ocupa lugar de primacía en la mente juvenil; lo que obtiene preferencia en su espíritu es su transformación. Ese deseo unido al impulso hacia la acción y la lucha, tan enérgico a esa edad, produce el dinamismo de la juventud y el paralelo desapego que ella siente hacia las cosas de la Historia. Pero si ese dinamismo ha de tener un cauce o sentido, es necesario admitir que se requiere encender en el al-



ma de los jóvenes el anhelo de mantener y ensanchar las conquistas del pasado, de cuyos méritos es menester compenetrarlos. No se trata de encadenar el pasado con el presente, ni menos lograr la servil asimilación de una generación. Nadie puede negar la necesidad en algunos casos y la permanente posibilidad de rectificar el pasado, pero es necesario que esa rectificación provenga, no del azar ni del ciego impulso polémico que arrastra a la adolescencia las más de las veces a la lucha por la lucha misma.

La inspiración de estas inferencias la he encontrado en las enseñanzas de Don Marcial Roldán, viejo profesor que me enseñó Historia, y la he confirmado en la palabra del Dr. Raúl A. Orgaz pronunciada en el claustro del Colegio de Montserrat hace más de diez años. En ellos está latente la fuerza capaz de despertar a las nuevas generaciones del sonambulismo amoral que las envuelve.

---

La vida con que os ocuparé estas líneas, sirve como pocas ese propósito y lo sirve por no haber sido producto de la improvisación, ni fruto de la inspiración pasajera, sino aplastante victoria de la inteligencia al servicio de Dios.

Imaginad por un momento unidas las dotes de un acabado hombre de letras, crítico y ensayista magistral y arrebatado orador, a las de un maestro que percibe el altísimo deber de que el que enseña y os encontraréis ante el Dr. Pedro Goyena, cuyos alumnos de la Facultad de Derecho de Buenos Aires le llamaron padre, sintiéndole tal y cuyo señorío trasunta un óleo que integra la galería de los grandes maestros de esa casa de estudios.

Buenos Aires recordó su memoria en el centenario de su nacimiento, en adhesión a la idea que dieran vida varios caballeros de hondo arraigo en el país. En dicha oportunidad revivió en las aulas y en los lugares que tuvieron el privilegio de comprobar la sencillez de aquella su gloriosa oratoria. Llegó el recuerdo hasta el solar en donde naciera, en la calle Perú, por él ahora seguramente irreconocible en su afiebramiento comercial de casas importadores y negocios de zaguán (1).

A cuatro años de aquel homenaje de profesores y hombres espectables, viene éste, como un eco, que en su modestia de juventud e inexperiencia recibe ya una lección de los labios mismos del maestro. Como en la colación de grados del 82, nos repetiría

---

(1) La Comisión de homenajes al Dr. Pedro Goyena, que presidió su ex alumno Dr. Ernesto Padilla, mandó colocar una placa recordatoria en el frente del edificio que ocupa el solar en que nació el prócer, pronunciando un sentido discurso otro ex alumno de Goyena, el Dr. Nicolás Avellaneda.

Goyena: "Un peligro muy serio para los jóvenes hay en el espíritu de orgullo y de suficiencia. Líbreme Dios de pronunciar una palabra que pueda matar en el alma de un joven los anhelos de una noble iniciativa. No me lo perdonaría jamás a mí mismo. Pero, señores, no hagamos infructuosas las iniciativas haciéndolas prematuras. El genio tiene, sin duda, el derecho de levantarse un día osado, y mirando a la humanidad de frente, decirle: os traigo una nueva verdad, una estrella reciente brillará, desde hoy, para siempre, en el cielo de la ciencia. Eso puede decir el genio, eso puede decir la inspiración, pero es tan raro el genio, señores, tan rara la inspiración, que no hay por qué apresurarse a creer que estamos en el caso de invocar sus privilegios" (2).

Hasta aquí Goyena, en su llamado a la sensatez y a la cordura, difíciles de obtener en los arrebatos de la mocedad. En adelante, nuestro esfuerzo, desprovisto del "genio" y de la "inspiración", pero engrandecido por la magnitud de la cumbre que va a escalar, en su afán de contemplar desde la altura que nos brinda, el espectáculo de una época que se salva del descrédito moral, por haber sido elegida para escuchar de los labios de este hombre, al decir de Pellegrini, "la palabra de la ciencia y de la virtud" (3).

Con esas ideas como acicate, intentaremos aquí un juicio, desprovisto de originalidad y fácilmente superable, que abarque sus virtudes de ciudadano, de maestro y de tribuno, luciendo en encarce, de catolicidad momerable.

Y ahora para ubicar su personalidad en el tiempo, tendremos que recurrir a detalles de biografía, impropios en su densidad para trabajos de este género.

A manera de disculpa séanos permitido repetir con Goyena, una declaración que hiciera el maestro en clase, acerca de una definición de Cuyas, jurisconsulto francés, y en contestación a su alumno Enrique Larreta: "ya sé que no es exacta ni precisa y aún más, te concedo que sea incompleta; pero mira esa definición, es como un trozo de curva, cuya inclinación te despierta inmediatamente la idea de la circunferencia a que corresponde" (4).

Y así en las referencias biográficas, mucho de su actuación

(2) Pedro Goyena — "Obra Selecta" — colección Estrada. Buenos Aires. 1943, pág. 213.

(3) Del discurso del presidente de la República, Dr. Carlos Pellegrini en el sepelio de los restos de su gran amigo el Dr. Goyena.

(4) Del artículo del Dr. Enrique Larreta, publicado en "La Nación" del 6 de junio de 1892, titulado: "Goyena. El genio ático y espíritu católico".



cederá a aquellos rasgos y a aquellos servicios, que por sí solos son definidores de su significación histórica.

Al igual que Bolívar, nació un 24 de julio; ésta mera coincidencia cronológica y el no haber podido celebrar su medio siglo de vida, le unen al héroe epónimo. El año fué uno de los varios de dictadura en que vivió el país: 1843; pero ya comenzaba a vislumbrarse el éxito de la oposición, era el primer año del sitio de Montevideo. Doña Emilia del Río y Perdriel de Goyena le dió vida, que, por cierto, fué corta, pero llena de responsabilidades desde edad muy temprana. Su tarea y su valía hubieran exigido más tiempo, pues nuestro país estaba ávido de espiritualidad y ansiaba poder seguirse nutriendo con su madurez y con su ancianidad. Pero no comencemos aquí con quejas a los designios de Dios. Su vida y su acción, son ya de por sí prueba palmaria de que alguien vela por nuestra Argentina, reconfortándola en cada etapa de su existencia con arquetipos morales como éste, que sirven al país en su vida y en su muerte, pues cuando la conciencia pública se obscurece y olvida ciertas exigencias éticas, tenemos ejemplos como esta vida para vigorizarla. Y así sirven al país, hasta en la muerte, sus varones ilustres (5).

Creció en un hogar que tenía sus glorias y recuerdos memorables, a cuya brillantez no poco había contribuído la amistad del Libertador con su abuelo.

Comenzó sus estudios en el colegio particular de Don Juan Andrés de la Peña, modelo de vida desinteresada y de consagración a la enseñanza, que dejó hondas huellas en su carácter, hasta tal punto que desde la visual que nos brinda la historia, nos es dado contemplar sus dos vidas, marchando por paralelas que conducen a una caridad sin límites, a una sacrificada estrechez y a ese sistemático rehuir de puestos oficiales, cuando no se cuenta con antecedentes en la especialidad a que se refieren, que anuncian por sí solos la presencia de espíritus selectos.

Pasó por el Departamento Preparatorio, anexo a la Universidad y se doctoró en la Facultad de Derecho, en 1869. De esta época datan sus recuerdos de estudiante, por él mismo narrados en su emocionada biografía de Achával Rodríguez. Estos años nos lo muestran desarrollándose entre los jóvenes de su generación, cultivando, según dice, "la alegría del ingenio que es la prueba

---

(5) La figura literaria es antigua y repetida, pero en el caso de Goyena adquiere un hondo significado, ya que el ejemplo de su vida, guía con mano segura a la juventud, por la senda de la más auténtica tradición argentina.

de la salud" (6). Es muy suya la referencia al caso, de un compañero sorprendido por un catedrático en el momento de pretender escribir con un cortaplumas su nombre en uno de los bancos de la clase. — "No haga eso, joven, observaba el doctor; sólo los tontos escriben sus nombres en las aulas!" Y el mozo, leyendo el del profesor en el banco inmediato, replicaba con sorna: "aquí está el suyo, señor catedrático".

¡Qué gusto pueril éste de las anécdotas! exclamará alguien. Pero para Goyena no lo era. No tenía como algunos "solamente cuentos" por bagaje intelectual (7). La anécdota era en él el remedio prescripto para el caso urgente. Dió así significado a lo que en otros es pasatiempo. "La simpatía viviente" de que nos hablara el Dr. Tomás Casares se transmitía y convencía de esta manera a amigos y enemigos, porque en ella intervenía, "la inteligencia, la cultura, la distinción, la gracia, la nobleza" (8), y éso que todos buscamos en la conversación de quien nos aventaja en años y títulos: la experiencia aleccionadora de quien a fuerza de observar y pensar, enseña en la clase, en el pasillo, y en la calle.

Tres años antes de doctorarse, habíase iniciado como profesor de filosofía en el Colegio Nacional de Buenos Aires; fué allí a reemplazar a Amadeo Jacques, el compañero de Jules Simon y de Libert cuya alma se agitaba todavía en los corredores del antiguo colegio en el que había enseñado a varias generaciones argentinas aquella filosofía recogida de los labios de Cousin, en la Sorbona de París y reflejada más tarde en su tratado filosófico.

Cambiaron las fuentes, mejor dicho, los intérpretes de las fuentes. El reemplazante de Jacques era un auténtico hijo de nuestro suelo, nor por mucho recorrerlo, pues fuera de un rápido viaje a Tucumán, por un trabajo histórico que según Groussac, (9) nunca vió la luz, y otro a la "Patria Chica" de su inseparable Achával Rodríguez, no dejó de respirar los aires del Plata. No obstante, se hallaba como adherido a la tierra argentina. Su vida se desenvolvió entre la banca del Parlamento y la cátedra universitaria sin experimentar el deseo urgente, tan difundido en la época, de

(6) Obra y acción de Tristán Achával Rodríguez — tomo I. Buenos Aires 1927, pág. 37.

(7) Esta misma consideración aplica Goyena con respecto a Achával Rodríguez en su citada biografía. Es fácil deducir pues el modo como la generación católica del 80 consiguió atraerse las simpatías hasta de sus adversarios.

(8) Del discurso pronunciado por el Dr. Tomás D. Casares en el salón de actos del Colegio Nacional Buenos Aires; publicado en la Revista de la Universidad. Tercera época. Año 1º, Nº 1, pág. 183.

(9) Paul Groussac. "Los que pasaban", Buenos Aires 1939, pág. 90.



abandonar las playas del Plata para visitar las ciudades europeas. No asistió, así, al drama que la segunda mitad del siglo XIX trajo aparejado a las naciones del Viejo Mundo, en medio de los resplandores de su "progreso" científico.

En cambio, no tuvo secretos para él la literatura greco-latina; fué un humanista, "formando a ese respecto una honrosa excepción con la mayoría de nuestros literatos que, como Sarmiento, sabían latines, pero se hubieran encontrado en serios aprietos de haber tenido que traducir a libro abierto un Horacio o un Virgilio" (10). Y con respecto a las grandes obras de las literaturas italiana, francesa e inglesa, le ocurría lo mismo.

Por eso, estudiar su figura es un regreso hacia lo nuestro. La fatiga de vagar por campos de historia extraña, recibe aliento en el estudio de su espíritu, que muy bien se aviene con las ansias de cultura y de ciencia del investigador más exigente.

Cuando a la vuelta de una página, impresiona nuestros sentidos un escrito suyo, hay algo que comienza a embargar nuestros más íntimos sentimientos, llegando por fin a convencer nuestra razón. Primero una tristeza, la del tiempo perdido en esa hojarasca de gran difusión durante tantos años y luego un decidido y poderoso impulso por avanzar en el estudio de los que descubrimos como los verdaderos forjadores de nuestra idiosincracia argentina.

Y entre esos forjadores, encabezando el desfile de ilustres: Félix Frías, el precursor, presente siempre en el espíritu de Goyena, que no en vano trazó los rasgos biográficos de este complejo ciudadano, después de imprimirlos en su alma.

En opinión de un autor, (11) la vida de Goyena está hecha de obediencias a la recia entonación de Frías. "Hasta el acento timbrado de la voz, la mímica señorial de su amplio gesto, la placidez luminosa de su frente y esas dos joyas de su rostro, sus ojos profundos, nos traen el recuerdo del gran secretario de Lavalle, que por haber recorrido con el héroe el país entero, provincia a provincia y palmo a palmo, hablaba y sentía, como sentía y hablaba la Nación misma, causando aquel profundo sentimiento de inquietud palpitante que jamás dejó de producir también la elocuencia de Goyena".

Su docencia universitario comenzó en 1869 en la cátedra de

(10) Martín García Merou. "Recuerdos literarios". Buenos Aires 1937, página 32.

(11) Carlos Pesce Batilana. "Los diputados católicos ante la ley 1420". Volumen 59 de la Biblioteca de Doctrina Católica. Bs. Aires, 1933, pág. 84.

filosofía. Y en esa enseñanza, como en la de Derecho Romano, mostóse maestro en toda la extensión del término.

No perteneció a la docencia "adocenada", mal que aqueja todavía a nuestra enseñanza y designa a todos los que son atraídos por la educación, buscando en ella ventajas materiales, sin afición ni aptitudes para enseñar. La actividad docente para los "adocenados" es complemento de otras actividades que por su repercusión dan más brillo y renombre a quien las desempeña (12).

Goyena, aún cuando actuó en política activamente, fué un maestro dedicado. Entendió el verdadero valor de la vocación, que es en realidad la función especial a que Dios llama a cada hombre, la tarea que le señala en el plan divino de la Creación. Por ella, cada cual tiene algo concreto y real que llevar a cabo en este mundo. Nos lo enseña así el mismo Cristo: "En la casa de mi padre hay muchas moradas" y El nos indicó los muchos caminos que nos conducirán a ellas. Nadie mejor que Goyena podía entenderlo así, y lo prueba su extraordinaria fidelidad vocacional.

Percibió, también, el valor y la influencia que puede adquirir para inteligencias en trance de moldeo, lo que se dice en la cátedra. Así, no transformó jamás su estrado en tribuna tendenciosa, y si alguna vez en clase afloró el orador de natural y convincente retórica, supo detener su verba de tribuno excepcional, y algún discípulo recuerda su ademán o su mirada severa deteniendo el aplauso, que no lo buscaba, ni en clase, ni en el Parlamento.

Sus alumnos que todavía viven, habrán olvidado el programa de estudios que enseñó, pero tiene que perdurar en ellos el recuerdo de aquel joven, que nunca llegó a ser viejo, ni en cuerpo, ni en alma, que enseñaba con su versación y con su vida ejemplar. No han de olvidar esas "cátedras de pintado pino" de la calle Moreno 350, con cuyas astillas prometiera Estrada en momentos memorables, construir los cimientos de la reacción de la Fe.

En la calle Moreno, detrás de su fachada de orden jónico puro, en sus corredores, cuántas veces se habrá parado Don Pedro, rodeado de sus alumnos, cuyo testimonio es interesante recordar aquí. Martín García Merou, el elegante evocador de la vida literaria de su época, le llamaba el "maestro impecable" (13). Enrique

(12) Para el estudio de las soluciones más indicadas para los problemas de la enseñanza, consultar el libro "la enseñanza nacional", publicado por Espasa Calpe y en el que figuran artículos de: Monseñor Franceschi, R. P. Furlong, R. P. Castellani, Alejandro E. Bunge, etc. Buenos Aires 1940.

(13) Martín García Merou, op. cit., pág. 29.



Larreta, embargado por la tristeza de su muerte, hizo pública una hermosa combinación espiritual, que según propia confesión había descubierto en clase de su profesor: "un espíritu eminentemente griego, engarzado en un corazón de purísimo católico" (14). Angel de Estrada (hijo) recuerda su trayecto y el de sus compañeros, después de clase. "El camino que por Defensa y por Balcarce llevaba de Bolívar al Congreso" (15). Allí se prolongaba la cátedra. Allí nadie interrumpía a Goyena por "el temor de dejar de oírlo".

Desde enero de 1874 fué profesor de Derecho Romano en nuestra Facultad; ocupó la vacante que dejara el segundo de los López, Vicente Fidel. Volvió así la enseñanza a los cauces tradicionales, en el sentido de que dejó de lado aquella corriente asaz innovadora que caracterizara el pasaje de su inquieto antecesor, a la que nos tendríamos que referir en caso de que fuera ésta una historia de la cátedra de Derecho Romano (16).

Compartió los históricos sitiales del Consejo de esta Facultad con José María Moreno, profesor de Derecho Civil antes de recibir su título de abogado; José María Rosa, Amancio Alcorta, José Manuel Estrada, David de Tezanos Pinto, el canonicista..., grupo de hombres que representan una generación acreditada ante la historia por su versación y laboriosidad.

Fué el orador de circunstancias de nuestra Facultad de Derecho. Despidió a los graduados en el 82. Le habían precedido los años anteriores Alberdi y Estrada. Esos discursos eran el código moral de la profesión.

A fines del año 71 habla ante la tumba de un estudiante suicida; era un joven de veinte años, que habíase quitado la vida, a causa del pesar que le produjera la reprobación de un examen (17). La vieja Universidad se conmovió y el arrebató histérico del desgraciado muchacho hizo presa en estudiantes y profesores. Goyena habló antes que Estrada en el sepelio y dijo del muerto que era "una cabeza poderosa y una inteligencia luminosísima". Sin justificar el suicidio, que llegó a costar la cátedra a algún profesor, ganó con esas palabras el afecto de los estudiantes, transmitiendo año

(14) Enrique Larreta. Artículo citado.

(15) Introducción de Angel de Estrada hijo, al libro de Goyena "Crítica literaria". Buenos Aires 1917, pág. 34.

(16) De la conferencia del Dr. Gastón F. Tobal pronunciada en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Revista de la Universidad. Tercera época. Año 1º, Nº 1, pág. 178.

(17) Roberto E. Nieva Malaver. "Semblanzas y recuerdos del pasado argentino". Buenos Aires 1936, pág. 7 en adelante.

por año a los que fueron llegando y transformado en sus últimos años de profesor, en honrosa veneración.

Salgamos ahora de la vieja casona de la calle Moreno y sigamos sus pasos. Dos caminos seguirá y en cualquiera de ellos, no tendremos que esforzarnos mucho en descubrirlo; no se nos perderá. En el Parlamento no es un diputado más. En el periodismo, no moja su pluma, sino para servir la causa de la Verdad, dicha y repetida contra todos (18). Misión sobrenatural ésta que lo convierte en disidente y luego en retirado voluntario de la vida pública.

Luego viene su actuación en la Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires reunida en el 71, (19) y las luchas por la Capitalización de Buenos Aires que defiende con denuedo. Su amplio criterio le induce a juzgar a Buenos Aires ciudad, con una ecuanimidad digna de elogio. Juzga incompleto e injusto el juicio de Alberdi sobre Buenos Aires y recuerda el reconocimiento de Sarmiento y Rawson, los ilustres sanjuaninos, que admitieron la generosidad de la ciudad del Plata, que es para Goyena: "La ciudad de todos, donde el talento se hace flexible y el corazón generoso", en la que "el joven venido de las provincias encuentra no sólo la justicia universitaria, que jamás le faltó, sino campo abierto para las futuras manifestaciones de su inteligencia y de su carácter" (20).

Las provincias lo quisieron y no lo ignoraron, como lo demostró Tucumán en ocasión de su visita. Goyena habló allí de su tema predilecto: la génesis de la federalización de Buenos Aires, y recordó sus alumnos tucumanos "desde Delfín Gallo, hasta Frías Silva, el laureado en el último curso" (21).

De toda su actuación la más sugestiva y digna de solicitar nuestra atención por ser definitoria de su personalidad moral, es la que desarrolla en la época que cae tras el 80. No vivió en lo etéreo del ideal alcanzable sin contacto con la sociedad. Por el contrario, fué con otros, de feliz memoria, el alma misma, el temple y el molde de aquella "generación del 80" que, por la elasti-

---

(18) Conf., Dr. Faustino J. Legon. "Recuperación de Goyena". Revista "Criterio", N° 807, pág. 367.

(19) "Instituto argentino de derecho notarial". Disertación del miembro de número titular D. Joaquín Martínez Sosa. Buenos Aires 1943. El disertante dedicó especial atención a la actuación del Dr. Goyena como convencional.

(20) Pedro Goyena. "Obra Selecta". Colección Estrada. Buenos Aires, 1943, pág. 183 y 184.

(21) Francisco S. Tessi. "Tres ilustres argentinos". Buenos Aires, 1927, página 69.



edad cronológica con que suele designarse, bien puede comenzar en el transcurso de la publicación de la "Revista Argentina" (22), fundada por Estrada, dirigida, en ocasiones, por Goyena, y en la que se presentó éste como crítico, poseedor de una doctrina estética y de un gran sentido artístico no tardando sus amigos en darle jerarquía de Saint Beuve porteño.

La "Revista Argentina" y también el diario "La Unión" recogen en los mejores años de sus selectas energías, toda la variada producción de Goyena, quien por otra parte, escribió en cuanto periódico abriese sus columnas a sus ricas producciones, hasta en el modesto semanario parroquial de San José de Flores, cuando ya era una celebridad indiscutida.

Sin llegar a hacer un culto del periodismo, pues sus inclinaciones lo orientaron hacia otras actividades, contribuyó en grado sumo al enriquecimiento de la prensa argentina, con páginas vibrantes y llenas de sabiduría en las que juzgaba con perspicacia, personas y hechos.

"Maestro de la suavidad y de la elegancia, conoció desde joven el empleo de las medias tintas" (23). Antes de desmenuzar en sesión histórica uno de los tantos discursos parlamentarios que precedieron y causaron el destierro de la enseñanza religiosa de nuestra escuelas, exclama: "el discurso de mi ilustrado amigo el diputado por Mendoza..." y sigue su inspirada respuesta. No otra cosa que esa nobleza y altura en sus disidencias históricas, inducen a exclamar a su rival en la oratoria parlamentaria Aristóbulo del Valle, ante su tumba: Ojalá pudiéramos volverle a la vida aunque tuviéramos que batallar de nuevo con su pujanza formidable! Consideración y respeto mutuo de auténticos señores.

Pero se cargan las tintas en la polémica callejera. "¡Ay! del que cae entre las espirales del bien trenzado lazo de su sátira implacable!"

Lo excita la inexactitud histórica del poeta Mármol y Sarmiento lo saca de quicio, cosa que no es de extrañar, conociendo el carácter del famoso sanjuanino, a quien el problema del laicismo y clericalismo le produjo una de sus clásicas explosiones. Así, al hermoso y documentado opúsculo de Avellaneda, la "Escuela sin Religión" contestó Sarmiento con un artículo titulado "La Es-

(22) Conf. Rafael Alberto Arrieta en su artículo "Aspectos literarios de la generación del 80". Revista de la Universidad. Tercera época. Año II. Núm. 2, pág. 215.

(23) Carlos Pesce Batilana. Op. cit.

cuela sin la Religión de mi mujer", aludiendo de ese modo a la influencia que pudo haber tenido sobre los sentimiento religiosos de su esposo, esa matrona que se llamó Doña Carmen Nóbrega de Avellaneda.

Corresponde aclarar aquí que Sarmiento no fué lo que vulgarmente se llama un "come-frailes", pero sí que su educación liberal le impidió comprender muchos secretos del sentimiento religioso inculcado a la niñez (24). Su espíritu estaba lejos de la honda entraña religiosa, aun cuando, en un ataque de vanidad, llegara a creerse más cristiano que Estrada (25).

Los que juzgamos así al muy discutido, pero genial sanjuanino, según expresión de uno de sus biógrafos, somos "los ultramontanos que deforman la religión, transformándola en urticante partido político" (26). Pero la verdad histórica y un deber esencial de conciencia, aún mediando esos comentarios, nos indica el partido a tomar, sin pensar en proseguir una existencia de galanteos y disimulos que importa aceptar el error. Ya hemos dejado atrás la época de la administración y llega el proceso de la revaluación, doloroso y constructivo. Doloroso acaso por los atributos de que se desposeerá a los ídolos, constructivo, en acmbio, porque lo in-conmovible servirá de fundamento sólido a nuestra cultura genuina.

La polémica entre Sarmiento y Goyena, es una de las más violentas que en nuestro país se conocen. No es del caso repetir aquí lo que arroja Sarmiento a la cara de nuestro maestro y la respuesta de éste, en donde luego de llamarle "animalis homo", pasa revista a todas las contradicciones del ilustre sanjuanino.

Al año siguiente de esta polémica se aprobará la enseñanza laica y se constatará la sinceridad de Sarmiento, mucho más grande que la de aquellos que creían pensar como él, cuando cínicamente, proclamaban "no querer la escuela sin Dios". Sarmiento, cuyo deseo íntimo fué en realidad que cada padre pudiera enseñar a su hijo la religión que deseara, verá deformado su pensamiento por aquellos que en un principio le siguieron. Así, al prohibirse más tarde toda enseñanza religiosa, desnaturalizan su pensamiento y se declaran enemigos de sus ideas.

Y llegamos, por fin, a la discusión y sanción de la Ley de

(24) Manuel Galvez. "Historia de Sarmiento", 1945. Este autor dedica un capítulo a la dilucidación del pensamiento religioso de Sarmiento.

(25) Manuel Galvez. Op. cit., pág. 581.

(26) Alberto Palcos. "Sarmiento". El Ateneo, 1929. Buenos Aires.



Educación Común o Laica, cuyo número 1420 recuerdan muchos argentinos pero por muy diferentes razones (27).

Por dar todo el colorido y el calor a los recuerdos de su debate histórico, hay que recordar otro que lo precedió en el tiempo y que tuvo resultados muy diferentes, no obstante lo cual sus conclusiones terminaron por ser desvirtuadas. Por la ley 934 de 1878 había quedado establecido una razonable libertad de enseñanza. Pero recordemos brevemente su discusión. En ella se destacó Félix Frías, quien con su verba magistral, que hemos emparentado ya con la de Goyena, contribuyó grandemente a diferenciar de modo tajante dos campos: "el de los liberales, con conciencia de su mayoría en el orden interno y en el externo y con su origen en el naturalismo, liberalismo, positivismo y otras doctrinas heréticas del siglo XIX. Frente a ellos el campo de la Providencia, donde varones excepcionales ponían al servicio de su Fe, que nos sorprende, todo su coraje y toda su cultura". Cuando a Frías le hablan de fanatismos, contesta con este período que transcribo de un trabajo, en vías de publicación, de Don Carlos Marfany:

"Si algún fanatismo ha dañado a estas repúblicas no es por cierto el fanatismo religioso, sino otro que no queremos calificar en este momento pero cuyos amargos frutos están a la vista de todo hombre imparcial y reflexivo. Si algo necesitan estos países son esos sacerdotes que, animados del celo ardiente por el bien de la Humanidad, ofrecen con mano generosa a la ignorancia y a la corrupción las luces del cristianismo, que es la Civilización misma y regeneran los pueblos impregnando sus costumbres de las virtudes sin las cuales la democracia es una vana palabra".

•Así hablaba Frías, así hablará Goyena, y por eso es precursor aquél y la ley 934 es antecedente de la tormenta más grande —en ese sentido— que recuerda el país, iniciada con la primera presidencia del general Julio Roca. En la campaña electoral no se había hablado de la libertad de enseñanza, en el aspecto en que después fué tratada, y hasta se prometió un concordato con la Silla Apostólica. Ya en el poder, Roca nombra ministro de Justicia e

---

(27) La sanción de la Ley de Educación Común requiere un trabajo completo que denuncie todos los manejos y subterfugios que precedieron a su promulgación. El señor Carlos Marfany dió referencias valiosas en su conferencia titulada: "El debate de la instrucción religiosa", pronunciada en los Cursos de Cultura Católica, que publicará la Revista "Ortodoxia", este año. Carlos Pesce Batilana, publicó también en la Biblioteca de Doctrina Católica (volumenes editados por la librería Santa Catalina) "Nuestra Escuela Laica", en la que dedica espacio considerable a la sanción de la ley 1420.

Instrucción Pública, al Doctor Manuel D. Pizarro "abogado, cordobés y católico", toda una garantía para el respeto de la tradición espiritual del país. Su renuncia, al poco tiempo de nombrado, deja vislumbrar algo. Sus diferencias con Sarmiento, que es a la sazón Superintendente General de Escuelas, son la causa más difundida de su alejamiento, pero la lucha religiosa se acercaba y los hombres se encaminaban a tomar posiciones.

Pizarro, había convocado un congreso pedagógico, que se inauguró en abril de 1882, siendo ya ministro Eduardo Wilde, volteriano y sin creencias, cuyo sólo nombramiento importaba un desafío al catolicismo.

Los congresos pedagógicos de Turín, Venecia, Bruselas, París y Madrid, habían dado a la institución prestigio europeo, de gran valor en la época. Su decisiones tenían jerarquía de leyes, en materia de enseñanza, y ésto lo comprobaremos en el caso nuestro.

En ese congreso se sientan: Goyena, Estrada y Achával Rodríguez y los tres oyen, a la semana de la inauguración, la lectura de esta ponencia: "El congreso declara eliminada de sus debates la cuestión de la enseñanza laica y de la enseñanza religiosa, así como cualesquiera otras que tengan igual significado y alcance".

Se indignan ante tamaño proyecto pues tres días antes habían presentado una moción sobre este asunto firmada por ellos tres y por Marcos Sastre, Emilio Lamarca y Miguel Navarro Viola entre otros. Pero la ponencia propuesta se aplica e inútiles son las protestas de la minoría opositora.

No obstante se decidió aplicar cínicamente esa ponencia por la que se prohibía hablar de religión y laicismo, para tratar un plan de estudio que prescindía de toda cuestión religiosa. Estrada denunció el ardid y exclamó: ¡...o contiene la enseñanza religiosa o la resuelve en algún sentido!" Navarro Viola les gritó: ¡nos retiramos! Y el Presidente asintió, con sonrisa triunfadora.

Así, entre la gritería de los asambleístas y de la barra que aprobaba la conducta de la Presidencia, se retiraron los representantes de nuestra verdadera tradición espiritual en ese Congreso Pedagógico, haciendo posible que dijera su Presidente, el día de su clausura: "la sana doctrina ha resultado victoriosa después de una controversia con el elemento retardatario y quedan firmes en sus puestos de acción los leales y esforzados defensores de la bandera progresista".

Con el frenesí de esos excluidos, de ese llamado elemento retardatario, surgió el diario "La Unión" que tuvo una enorme difusión en la época. Sus proyecciones fueron continentales, pues



pasó los Andes y cruzó el Plata, iniciándose así un panamericanismo, del que nadie habla, inspirado en el valiente proceder del grupo segregado. En Montevideo tuvo resonancia la reacción; el codificador Joaquín Requena y el poeta Juan Zorrilla de San Martín le brindaron todo el apoyo de su respetada actuación pública y memorable catolicismo por el que vinieran bregando desde el periódico "El Bien Público" que fundaran en 1878.

La situación en Buenos Aires exigía organizarse y con tal objeto una noche se reunieron en el Palacio Arzobispal de Buenos Aires varios católicos notables. Goyena presidió esa reunión, de la que surgió la famosa Asociación Católica, que fué el partido con que se resistió en todos los ámbitos de la Nación.

En el Congreso Nacional integróse nuevamente la trilogía clásica (Goyena, Estrada, Achával Rodríguez) que defendió la tradición espiritual de nuestro país. Causa que produce cerebros tales no necesita de alegato alguno para probar que se concilia admirablemente con la ilustración, la pujanza y el talento; y si un examen superficial de la cuestión nos puede llevar a afirmar que fueron ellos quienes se opusieron al avance del progreso, pensemos y meditemos las funestas consecuencias que se aparejaron a ese progreso que con su grandeza material sació los sentidos y conformó la miopía de los que creían haber vislumbrado el destino de la Patria, cortando amarras con su más auténtica tradición e iniciando ese viaje a la deriva con escalas en todos los puertos, que anunciara Goyena con voz y gesto agoreros. Se cumplió lo que él predijo. En feliz exclamación de un profesor universitario, tiene Goyena la amarga gloria de haber tenido tan amarga razón (28).

El Ministro Wilde, fué quien queriendo llevar al país a la altura de las naciones más evolucionadas, ideó la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas. Ya en el 81 el Poder Ejecutivo Nacional había enviado al Senado un proyecto por el cual se ponía en vigencia en la flamante capital, la ley de educación común de la Provincia de Buenos Aires, con algunas modificaciones de forma. El Senado lo aprobó, pasándolo a la Cámara de Diputados el mismo año 81 sin que allí se tratara para nada este asunto hasta 1883. El Art. 2º de esa ley decía entre otras disposiciones: "El Consejo General está obligado a respetar en la organización de la enseñanza religiosa, las creencias de los padres de familias ajenos a la Comunión Católica".

Pero nueve años de vigencia de esta disposición en la provin-

(28) Tomás D. Casares. Discurso citado.

cia, no importaba mucho para los que como el Ministro Wilde, comenzaban a poner en práctica las conclusiones del Congreso Pedagógico. Cuando el Diputado Demaría, expone como informante de la Comisión de Culto e Instrucción Pública, el alcance que según esa comisión debería darse a la ley provincial, declara la "necesidad primordial de formar el carácter de los hombres por la enseñanza de la religión" y así enciende la hoguera de la oposición. Don Onésimo Leguizamón, comienza por negar a la Iglesia el derecho para legislar sobre educación y agrega que interpretando mal el mandato de Cristo, se había arrogado el derecho exclusivo de enseñar a la juventud. Civit, Delfin Gallo, Lagos García, le secundan en su arranque de laicismo.

Y frente al progreso que no admitía diques, comenzaron a hacer aparecer a los católicos como "los representantes de la opresión de la conciencia", como "los partidarios del desprecio del derecho ajeno y de una violencia que nada quería sino arrancar por la fuerza lo que debía obtenerse del convencimiento y la persuasión".

Goyeno es quien contesta a los dueños del éxito, levantando esos cargos (29): "la doctrina del Apóstol, comienza por decir, es que la fe es un obsequio racional. Yo no vengo, yo no vendré jamás, a decir: por medios subrpticios o violentos, hágase aparecer católico a aquel que no lo es; tráigase al catolicismo al hijo del disidente, con una compulsión injusta, con una compulsión irritante. ¡No! No es esa la doctrina de la Iglesia, y el proyecto de la Comisión, de acuerdo con la doctrina de ésta, claramente indica que los padres no católicos sean atendidos apenas manifiesten que no quieren que sus hijos reciban la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. ¡No! La libertad de conciencia, en cuanto la conciencia sea de buena fe, para nadie es más respetable que para la Iglesia Católica". Y termina diciendo: "Precisamente el día en que los Apóstoles dijeron: "Es preciso obedecer antes a Dios que a los hombres", precisamente ese día, se fundó en el mundo la libertad de conciencia".

Citas escriturísticas y limpio planteo de la cuestión, podrían ser la síntesis de este trozo transcripto. Pero ni sus fuentes ni su estilo, convencieron a los libres pensadores, que cambiando de frente, llegaron a negar el arraigo histórico de la fe católica en nuestro país, provocando en Goyena una enjundiosa respuesta, que se extiende desde la defensa de los indios en la Conquista, por Bartolomé de las Casas, a través de la obra civilizadora de los mi-

---

(29) Pedro Goyena. "Obra Selecta", pág. 228.



sioneros, para llegar a los hombres de Mayo, cuya formación intelectual examina. Llega así a Rosas y cuando sus adversarios habrán pensado que se deslizaría silencioso a través de tantos años de dictadura, habla más claro aún y dice: "Las virtudes privadas no desaparecieron ni con la tiranía de Rosas y la explicación de ésto se halla en la enseñanza religiosa, que no faltó jamás, que las madres nos daban en el hogar, que los maestros nos daban en la escuela. Yo no recuerdo haber oído en mi infancia sino consejos de la más pura moral; me ilustré, estudié la filosofía, ocujé una cátedra universitaria; y después de ello, puedo sinceramente declarar que no hallé en ninguna aula, en ningún autor, enseñanza más santa, más fecunda para mi corazón, confortante para mi vida, que las lecciones de la doctrina cristiana, recibidas en el seno de mi familia y en la escuela de Don Juan Andrés de la Peña".

Y prosigue: "Hay, pues, algo innegable en la sociedad argentina, que se opone a las novedades del liberalismo; son las ideas tradicionales a que debemos no haber caído en la disolución, y que llegan a condensarse, como en núcleos luminosos, en las cabezas de nuestros grandes pensadores".

Esta afirmación y otras muchas de su valiente existencia, permiten afirmar que Goyena es quien inicia las investigaciones de índole histórico-apologético dentro de nuestro acervo nacional, para presentar la continuidad del sentimiento patrio, refractario por completo a toda intrusión, a todo bastardeo.

Otro trozo de su discurso merece punto y aparte. Es el que, en decidida definición de lo que significa el poderse llamar católico, llega hasta el origen mismo del error, difundido en la época y difundido en la actualidad, en el que se cae cuando cada hombre pretende hacer intervenir sus ideas políticas, su idea de la vida cívica, fundando con ellas su catolicismo.

Para ellos dice Goyena: "No hay matices en el catolicismo". "Las doctrinas designadas con el nombre de catolicismo liberal, han sido condenadas". "No hay católicos constitucionales" (30).

Y al hablar de nuestra Constitución, se refiere a lo que ésta dice de la comunión católica: "El Presidente ha de ser católico, lo que importa estar sujeto al divino magisterio de la Iglesia, profesar todo lo que ella profesa y enseña; la Constitución no le exige otra teología u otra moral, que la teología y la moral católicas; no le exige una teología o una moral argentina o constitucional".

Y va más allá: "El Presidente de la República debe estar real-

---

(30) Pedro Goyena. Op. cit., pág. 253 en adelante.

mente animado del espíritu del catolicismo, tener amor y respeto sincero por él, en atención a las funciones del patrono que ejerce, y que la Constitución le atribuye para desempeñarlas bona fide, como un hijo de la Iglesia, no con propósitos de hostilidad y animadversión hacia ella, que serían repugnantes con aquel carácter". Era un gesto valiente éste de recordarle prescripciones constitucionales a un Poder Ejecutivo como el que gobernaba en la época.

Su palabra y su valentía nos indican cuál debe ser nuestra tarea. Por sobre todos los intereses transitorios de la política y por arriba de todo espíritu de sectarismo, indicar con modestia suma, pero también con coraje, el camino verdadero en materias tan graves. Y entre ellas ninguna como la enseñanza, cuya libertad iniciaron los Constituyentes de Santa Fe y corroboran el Presidente Avellaneda y su ministro Lastra en la Ley de 1878, por todos los Gobiernos olvidada.

Libertad de enseñanza, respetuosa de los derechos del padre de familia, que no se pueden desconocer ya que como Goyena nos lo dice: "No es sólo el desenvolvimiento del niño lo que está confiado al padre; es su desenvolvimiento moral, la educación de una personalidad que nadie más que la sociedad está interesada en que se desarrolle en las mejores condiciones de inteligencia y moralidad".

Y agrega Goyena: "confiar al Estado, exclusivamente, la formación del niño en la escuela, sería hacer de ésta una fábrica de individuos, calcados sobre el modelo que conviene al representante del mismo Estado, es decir, al gobernante; sería quitar todo carácter de espontaneidad y de independencia al ciudadano futuro; sería formar un conjunto de elementos mecánicos, de seres a quienes faltarían las altas inspiraciones que el padre de familia quiere que reciban sus hijos, cuando busca anheloso una escuela donde el maestro les comunique esas nociones sublimes y sencillas a la vez, que son luz para la mente, fortaleza para la voluntad, bálsamo para el corazón; donde el maestro les enseñe, que la ley suprema es la ley de Dios, de Dios que nos ayuda en el tiempo y nos premia en la eternidad".

Con estos términos se expresaba Goyena en el Parlamento, y aun cuando temamos extendernos con estas transcripciones, corresponde aclarar aquí con el maestro, qué es lo que entendía y sigue entendiendo la Iglesia por liberalismo, al condenarlo en el Syllabus, documento de actualidad en ese entonces y vapuleado en las cámaras.

"El liberalismo que se condena, comienza por decir Goyena,



es lo que se entiende por tal, habiéndose tomado como etiqueta una palabra engañosa por su analogía con la libertad y que encubre precisamente lo contrario de ella. En una palabra el liberalismo que se condena es la idolatría del Estado. Es un modo de concebir la vida social, la administración, el gobierno, completamente desvinculados de la religión”.

Así entonado prosigue Goyena: “Cuando el Estado es concebido como una entidad superior a los derechos individuales, que no respeta el deber y la facultad del padre de familia como educador de sus hijos, que no respeta a la Iglesia en su misión docente, que no respeta el principio religioso, ¿qué es lo que sucede?”

Y en la respuesta a su propia pregunta se nos muestra el espectáculo del ambiente de la época. “El Estado lo llena todo y mata toda iniciativa, y orgulloso de su predominio con el deseo de conservarlo, legisla de esta manera: nace un niño, no hay que buscar el sacerdote que lo bautice. Basta que se inscriba en el registro que lleva un oficial civil. El niño crece, llega la edad de educarlo. Que vaya a una escuela donde ni siquiera se pronuncia el nombre de Dios. El se ha hecho hombre, va a ser padre de familia; se trata de su matrimonio; nada de vínculos sagrados, nada de promesas solemnes contraídas bajo la invocación de Dios, que lo case el Juez de Paz; que se extienda un simple contrato. Muere el hombre, el cementerio no es un lugar religioso como lo era hasta para los paganos; ahí está el enterratorio Municipal, es un depósito de basuras en ciertas condiciones de ornato y en ciertas condiciones de higiene”.

“Tal es el liberalismo condenado por la Iglesia — termina — aplicación del materialismo y del ateísmo a la vida civil, a las funciones del Estado”.

En el Congreso católico del 84, pronuncia otro gran discurso y completas estas nociones. Allí se pregunta: “¿es acaso filosófico el liberalismo argentino?” “No señores, responde, nuestros liberales no poseen el conocimiento elemental siquiera de la filosofía. El más aventajado entre ellos, no sería capaz de exponer, ni en sus lineamientos generales los diversos sistemas que se han disputado vanamente el dominio del pensamiento humano; y jamás se dedicó ninguno de ellos a esas audaces exploraciones en que el espíritu humano ha aprendido con sus solas fuerzas, a hallar el origen y el destino del universo. No hay una escuela filosófica argentina. El liberalismo de nuestros liberales no deriva ni ha derivado jamás de una concepción metafísica”.

“El liberalismo argentino, —agrega en esta magna asamblea de

la fe—, no hace muchos gastos de ideas, no ratiocina, no teoriza; no se mueve en el campo de la especulación intelectual, se mueve en el terreno de los hechos, es empírico como son empíricos los que hoy día lo traducen en actos públicos, en disposiciones inicuas, bajo cuyo imperio tendremos que vivir desgraciadamente, si no protestamos con energía y levantamos contra ellas la opinión pública". Una salva de aplausos dió punto final a su frase. Fué el aliento al clamor de una minoría que contemplaba al hombre de la tan meneada civilización, al hombre del pretendido progreso, que al decir de Goyena "no se elevó jamás a las regiones del espíritu, ni conoció las verdades superiores, y que terminó por tomar una dirección extraviada, por la influencia de un orgullo insensato".

Era el hombre del siglo XIX, gobernando la materia, dominando la naturaleza y a su vez relegado, por su orgullo, hasta esa misma materia que pretendió sojuzgar. Su alma suspirando en estrecho recinto donde ya el cielo no tiene promesa para la esperanza y la mirada no descubre a su alrededor sino lo que es útil y aprovechable para una existencia efímera y fugaz.

El artículo octavo de la ley 1420 marcó el fracaso de Goyena y de tantos otros. Luego vino la reglamentación de la ley que cerró con hermetismo sus intersticios. Después, la lenta extinción de los programas de moral, para dar paso a la enseñanza por la imagen que es: "el arma más eficaz para el obscurantismo de la inteligencia infantil y la destrucción del espíritu".

No solamente a los ultramontanos, nos acongoja el espectáculo. Estanislao Zeballos, que en 1884 votó a favor de la escuela Laica, después de la semana trágica del 19 acusó a la escuela sin religión de ser culpable del fracaso de nuestra educación y de la corrupción infantil prematura. Y Leopoldo Lugones ya en nuestros días denuncia a la instrucción Laica, como el venero del delito de la inmoralidad y del izquierdismo (31).

La primera Presidencia de Roca siguió en tren de definiciones. El Vicario Clara de Córdoba, el nuncio Mattera, el obispo de Salta y los profesores universitarios Estrada, Lamarca, García, Berrotarán y Castellanos prueban la disposición de ánimo del gobierno. De ese gobierno al que no bastaron ciento ochenta mil firmas como definición de catolicismo; de ese gobierno que no alcanzó a oír a Goyena, a Achával Rodríguez, a Estrada, a Navarro Viola,

---

(31) Acción Católica Argentina. "54 respuestas sobre el problema de la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado". Págs. 26 y 27. El artículo de Leopoldo Lugones se publicó en "La Nación", el 13 de febrero de 1938.



a los Alvear, a Avellaneda, quizás porque su oído era incapaz de percibir el sonido cristalino de la virtud que nada tiene del atractivo tintineo del oro y sus placeres con que se compraba la conciencia moral de una época.

Por eso es que la honrada inquietud de Achával Rodríguez al preguntar a sus colegas de Cámara si existía de hecho el régimen electoral popular en el país, provoca estupor en esas conciencias sumidas en un bienestar material que las embota. Parece a ellas ridículo tamaño exabrupto. Y azorados contemplan la realidad en esa magnífica confesión del ilustre cordobés a quien ovacionan cámara y barra. "¡Basta de farsas, señor Presidente! yo declaro ante la República que mi elección como la del señor diputado es hija legítima del oficialismo, sin el que no habría elección ni cámara" (32).

Se apagó así el 84 y quedó encendida la chispa que provocará el incendio del 90, en el que aparece nuevamente Goyena apoyando aquel levantamiento incontenible de la nobleza juvenil.

Habla en la Asamblea del Jardín Florida y en hora avanzada de la noche su voz se agrega a la de los oradores del Frontón Buenos Aires. Es el último resplandor de su fibra moral. Fuera de una mera cortesía con los gobernantes nada oficial desempeña. Concorre a la Biblioteca Nacional y a menudo sube a "saludar un segundo" a Groussac en su despacho y se queda toda la tarde hasta que a las once toma el tranvía de Flores.

El mismo Groussac (33), nos cuenta su conversación rebotante, que sin poder saciarse en debates ni en entremeses periodísticos, "no desdena interlocutores, "sin hacer otra distinción que la de charlar jocosamente de temas serios con los discretos y seriamente de bufonadas con los necios".

Ha pasado ya para Goyena la borrasca. Entra en la calma final y aún cuando no es anciano, toma la vereda del andar quedo y paseante, dejando libre a su vera la calzada del torrente, en la que siguen corriendo y dejándose arrastrar los más afortunados y menos escrupulosos.

Vela por sus once hijos en un caserón de San José de Flores. Hubiera podido decir como Estrada, que la modestia de su casa era prueba de lo poco que había pensado en sí mismo. El varias veces derrotado había triunfado en la gran batalla de la virtud.

(32) "Obra y acción de Tristán Achával Rodríguez", tomo I. Buenos Aires, 1927, pág. 52.

(33) Paul Groussac. Op. cit., pág. 140.

Cayó herido de muerte cuando escribía una obra de crítica histórica sobre los últimos treinta años de la República. Buenos Aires vivió angustiada la gravedad de su hijo dilecto. Dos alumnos de esta Facultad: Enrique Larreta y Ernesto Padilla, hicieron celebrar una misa por su salud en San Francisco, ese viejo templo que le viera tantas veces, después de clase, arrodillado en ferviente oración a Jesús Sacramentado.

Su vida se extinguió el 17 de mayo de 1892. La despedida del país encabezada por el Presidente Pellegrini ha sido vastamente difundida en conferencias, libros y periódicos para repetirla aquí. Tan sólo corresponde recordar que la Iglesia y el Estado estuvieron presentes.

Su alma y su figura perduran nítidas. No nos engañaremos más. Vamos conociendo los verdaderos próceres de nuestra tradición, los virtuosos que como él inspiraron su vida privada y pública en la fuente inagotable de la Fe.

---

Hacer amar el pasado de la patria no es tarea dificultosa ni aún cuando se trata de hacer surgir ese sentimiento en un adolescente, pero hacer comprender su sentido trascendental es tarea incomparablemente más ardua.

Al comenzar su aprendizaje en la escuela el joven se acerca a los orígenes de la nacionalidad a través de la narración y de la anécdota cuando no de la película documental tan instructiva, rehaciendo en su ánimo las emociones y las experiencias tristes o felices de los hombres que actuaron en los tiempos memorables del coloniaje, la independencia y organización. Pero sólo al final de sus estudios adquiere la pureza de la visión, indispensable para percibir el verdadero sentido de nuestra historia, esto es la conciencia de lo que significa el pasado de la Nación, de los valores que lo definen, de los sacrificios que evoca y de los deberes que impone. El joven aprende a amar el espléndido alarde de calidades y virtudes que descubrimos en las páginas de nuestra historia.

Será pues, recién al despedirse de la escuela, cuando el flamante ciudadano estará preparado para percibir que aquel admirable conjunto de virtudes y glorias exaltadas en el aula fué el precio ingente del conquistador, del militar, del estadista, del sacerdote, para asentar la civilización en estas riberas. Entrará preparado para situar por encima de su emoción juvenil ante la hidalguía del español, o la abnegación del criollo, la persuasión de que posee un valor superior la colonización que aquél o la independencia política que éste aseguró para nuestra República.



Ante la vida trasuntada en este débil perfil trazado en este artículo, situemos por encima del magnífico ejemplo moral que ofrece su inteligencia al servicio de sus virtudes, el valor superior de su amor a Dios y culto a la moral que ese prohombre quiso difundir.

A todos los argentinos que aspiran a una patria superior a la terrena y que luchan por que en su suelo se marque la huella de la Providencia que conduzca a la morada de Dios, necesariamente a todos los inspira Pedro Goyena. He ahí su profunda significación en la historia de la cultura argentina.

CARLOS MARIA GELLY Y OBES